
HASTA EL CIELO



Joan Brady

Por la autora de
Dios vuelve en una Harley

En las circunstancias más inesperadas, Heather vive un encuentro que cambiará su vida para siempre. Aunque ella no lo sepa, a otras mujeres ya les pasó lo mismo. Un hombre le va a descubrir que todos los misterios de su vida, todas las cosas que se ha empeñado en mantener a oscuras en un rincón de su memoria, pueden cambiar para bien si arroja sobre ellas la luz de la ternura. Él se llama Joe, lleva chupa de cuero y monta una Harley espectacular. Cada vez que le habla brilla en sus ojos una sabiduría divina. Al principio, Heather teme dejarse llevar, pero a medida que pasa el tiempo, a medida que van ocurriendo cosas en su vida, entiende que cuando aprenda a amarse a sí misma su vida experimentará un cambio radical. Al final, la única verdad importante, sea por revelación divina o por descubrimiento personal, es que la felicidad no es un derecho sino una obligación.

Dios vuelve en una Harley nos propuso un camino hacia la felicidad a través de la ternura y el humor. *Hasta el cielo*, un paso adelante en la carrera de Joan Brady, nos enseña que no existen las reglas universales; cada uno tiene su propio camino.

A mi hermana Laura, que ya conoce el motivo

AGRADECIMIENTOS

Ningún escritor que haya tenido la suerte de ver publicado un libro habría conseguido hacerlo sin la ayuda de algunas personas. En mi caso ha habido muchas. Por fortuna todas ellas forman parte de mi vida, y ahora aprovecho la ocasión para darles las gracias públicamente.

A mis padres, Thomas y Claire Brady, que hasta donde me alcanza la memoria me animaron y abonaron las semillas de mi incipiente vocación literaria. A mis hermanas, Patricia y Laura, y a mis hermanos, Paul, Tom, Bo y Ed, que desde el principio creyeron en mí y nunca dudaron de mi futuro éxito. Y a Nancy, mi amiga de la infancia, con quien he compartido mis sueños de escritora.

A mi agente, Denise Stinson, que siempre me ha estimulado para sacar lo mejor de mí. También tengo el privilegio de contar con mi editora, Emily Bestler, que ha guiado con su experiencia mis trabajos.

A muchos de mis colegas escritores por haberme ayudado de mil maneras. A Teresa Allen por haber realizado las magníficas fotos de la portada de mis dos libros y por prestarme su apoyo incondicional. A Joan Swirsky por sus amables y generosos consejos.

A Chris Hall, que me ha acompañado a lo largo de mi investigación y me ha dado seguridad. Vista Publishing, Inc. de Long Branch, Nueva Jersey, merece un gran aplauso por ofrecer a los escritores noveles la oportunidad de dar a conocer sus primeras obras.

Finalmente, siempre llevaré en la memoria a mi querido amigo Patrick, por ayudarme a dar el salto... y por enseñar-

me a mirar más alto.

A todos os estoy profundamente agradecida.

1

A pesar de haber regresado a Nueva Jersey, tenía dos motivos para sentirme contenta: era verano y me encontraba en la costa. Cuando por alguna razón no hay más remedio que estar en Jersey, lo mejor es evitar esos meses brutales del invierno. No creo que a nadie le guste verse rodeado de una multitud de personas que no han visto el sol en cinco meses y que padecen el Trastorno Afectivo Estacional, del que, por supuesto, ninguna de ellas es consciente. A estas alturas no debería sorprenderme. Me crie aquí y he sido como ellos.

Había llegado de Los Ángeles la noche anterior para la visita que cada seis meses hago al frente familiar. Se trata de un rito que me impongo a fin de evitar que sean «ellos» quienes me visiten. Tal como lo veo, mi vida es mi vida y quienes se relacionaron conmigo en mi juventud no tienen por qué saber que me dedico a hacer *striptease*.

Contrariamente a las dieciséis compañeras que trabajan conmigo en el Pink Pussycat de Los Ángeles, soy la única que no intenta disfrazar los hechos presentándose como «bailarina exótica» o como «artista». ¿A quién creen que engañan? Por mucho que bailes mientras te desnudas, quitarse la ropa es hacer *striptease*. A diferencia de las demás, no tengo el menor reparo en hacer lo que hago. Si no me desvisto, no como. Por otra parte, si no me desnudara no conduciría mi codiciado BMW ni viviría en Brentwood. Así de sencillo. Además, no sé de nadie dispuesto a pagar la hipoteca de mi adosado ni las letras del coche, de modo que lo que haga para sobrevivir es asunto mío, ¿de acuerdo?

Claro que si me vierais cuando voy bien «vestida» seguro que no pensaríais lo mismo. Como no creo que necesite arreglarme demasiado, cuando decido hacerlo elijo sólo lo mejor. Distingo la ropa de calidad en cuanto la veo, y no me importa gastarme el dinero en ella.

He de que reconocer que soy la única del grupo que parece de buena familia y lleva una vida saludable. Nunca he tomado drogas, y eso me diferencia de toda esas fracasadas que trabajan y frecuentan el Pink Pussycat. Me sacrifico demasiado para tener este cuerpo perfecto y no estoy dispuesta a entregarlo al demonio de la droga. No señor. En lugar de ello, prefiero gastarme el dinero en adornarlo con trajes de Chanel, joyas de dieciocho quilates y zapatos Ferragamo.

Hablando de zapatos Ferragamo, observé el que llevaba puesto y hacía balancear de manera seductora mientras esperaba en el bar a mis siempre impuntuales amigas. Supongo que es posible arrancar a una chica de un antro de vicio, pero no necesariamente se puede arrancar el vicio de una chica. Volví a calzarme el zapato renunciando a las miradas de admiración que percibí en los tres tipos sentados a una mesa cercana. Tenía que comportarme y recordar que ahora estaba de regreso en mi ciudad natal. Sólo de paso, gracias a Dios.

Aquí, en la Costa Este, era algo más de medianoche, pero mi reloj biológico indicaba que no eran más de las nueve, y no tenía ni una pizca de sueño. Había quedado con tres amigas en ese chiringuito de la playa para celebrar una pequeña fiesta de «bienvenida», pero como de costumbre llegaban con mucho retraso.

De modo que no me quedaba otra opción que sentarme sola a la barra, tomando un vaso de vino blanco, mientras pensaba en mi vida y la comparaba con la de mis amigas.

Para empezar, formamos un grupo muy variopinto. Tenemos personalidades e intereses muy distintos, y cada una

se ha criado en ciudades diferentes. Lo único que tenemos en común es que de niñas todas veraneábamos en la costa de Jersey con nuestras familias, y eso es lo que nos mantiene unidas.

Maria y Barbara son *bennies*. *Benny* no es sólo una clase de anfetamina, sino el modo en que solemos llamar a los neoyorquinos. Por descontado, esto significa que viven al norte de la salida 117 de la avenida Garden State. Crystal es una «zapatones» de Filadelfia. Creo que les llaman así porque, por alguna razón desconocida se diría que los habitantes de Filadelfia nunca se quitan los zapatos, ni siquiera cuando están en la playa. Siempre se les ve caminar por la arena con sus lechosas piernas blancas y sus anticuados zapatos desgastados. Yo soy la única «desenterradora de almejas», así llamada porque vivía varias salidas al sur de la 117, en la avenida cercana a Asbury Park, lo que me convertía en la única que residía en la costa todo el año.

Además, por si no hubiera quedado claro, no soy lo que se dice una persona «políticamente correcta», pero por lo menos digo lo que pienso. En la vida me habrán tachado de muchas cosas, pero nunca de tener pelos en la lengua.

Así pues, ahí estaba, sentada en ese local supuestamente marchoso, esperando a mis amigas para lucir palmito y decirnos mutuamente lo guapas que estábamos e inventar historias sobre lo bien que nos iba en nuestra vida profesional y hablar de nuestros novios o prometidos y de lo mucho que nos adoraban. Me había enterado de que tanto Maria como Crystal acababan de prometerse. Lo sabía porque mi madre me había enviado los recortes de periódico en que se anunciaba la feliz noticia. ¿Por qué las madres siempre envían a sus hijas, solteras empedernidas, las reseñas de los compromisos de otras personas? ¿De veras creen que nos apetece leer esas tonterías? Como si no pudiera casarme si me lo propusiera. Más bien al contrario, pero, con todo lo que una oye, ¿quién necesita ese quebradero de cabeza?

Lo peor de todo era, claro está, que ahora tendría que apresurarme a comprar algo muy caro para las despedidas de soltera y los regalos de boda. Al fin y al cabo debía mantener mi imagen de mujer bien instalada en la vida, y comprar los regalos más caros y presentarlos con la mejor de mis sonrisas contribuiría a acrecentar mi ya envidiable estatus social ante mis amistades.

Sin embargo, nunca he entendido eso de las despedidas de soltera. No acabo de comprender por qué cuando una muchacha encuentra por fin a alguien que la mantenga, o cuando menos la ayude a pagar las facturas, todas sus amigas solteras que luchan por sobrevivir solas tienen que ofrecerle regalos. He perdido la cuenta de la cantidad de planchas y batidoras que he tenido que adquirir a regañadientes para personas que, en resumidas cuentas, podían pagárselas perfectamente. El mundo es un lugar muy injusto para los solteros. Al menos ahora podía permitírmelo, pero no es ningún secreto que si hace algunos años emigré hacia la Costa Este fue porque aspiraba a una vida mejor.

Bueno, con todo mi vida «parecía» muchísimo más excitante que la existencia de «albañil bebedor de cerveza» que llevaban los futuros maridos de Maria y Crystal. Están convencidas de que trabajo de maquilladora en los platos de Hollywood. Me encanta percibir la envidia en sus ojos cuando alardeo de mi estilo de vida en Los Ángeles, describiéndolo para que suene emocionante y atractivo. Tengo un gran talento para narrar historias y soy capaz de ofrecer una descripción fascinante y arrebatadora de la ciudad de los Oscar. Y lo mejor es que no necesito demostrar que lo que cuento es verdad, por el mero hecho de residir a cientos de kilómetros de distancia, de manera que no les queda más remedio que dar mis palabras por ciertas y creer que mi vida es maravillosa. Por otra parte, la verdad no haría más que decepcionarlas.

Por suerte tengo el aspecto de la mayoría de la «gente guapa» de California. Soy alta, un metro setenta y siete para ser exactos, y la forma de vida californiana de comida saludable y asiduo ejercicio ha estilizado y moldeado mi figura. Esta apariencia deslumbrante crea, por lo visto, la ilusión óptica de mayor estatura, y desde luego no pienso lamentarme por ello. Al parecer las mujeres altas intimidan a los hombres, y eso me gusta, sobre todo cuando estoy en el escenario del club.

Hablando de clubes, ¿dónde narices se habían metido mis amigas? Llevaban al menos media hora de retraso, lo que no era raro en ellas. Tomé otro sorbo de vino blanco y eché un vistazo al escenario, todavía vacío, buscando algún indicio del tal Jim MaGuire, el músico que debía actuar esa noche. Más le valía hacerlo bien, porque había tenido que pagar diez dólares de suplemento para oírlo, y esperaba que los mereciera. Me sentía muy relajada esa noche, incluso dispuesta a bailar si se terciaba. Cualquiera pensaría que no me basta con mi trabajo, pero es que bailar me chifla de veras.

Recorrí la sala con la mirada en busca de mis amigas sin ningún resultado y no pude evitar reparar en el desangelado y pequeño escenario situado al final de la barra. Sentados a ella, un tipo y una chica parecían enfrascados en una tensa conversación. Ella, que aparentaba algo más de treinta años, vestía tejanos, camiseta blanca y zapatillas de deporte de lona blanca. Supe de inmediato que era enfermera. No me pregunten cómo puedo saber cosas así, sencillamente lo sé. Adivinar a qué se dedica la gente constituye otra de mis múltiples virtudes. Además tenía esa aura que poseen las enfermeras, o sea, de estar más interesadas por cuidar del estado del resto de los mortales que el suyo propio. En veinte minutos, con la ropa apropiada y un maquillaje bien aplicado, la habría convertido en un bombón. Pero no era ella quien me intrigaba, sino él. No parecía lo bastante vanidoso para ser de Nueva York, pero tampoco

era un «desenterrador de almejas» ni un «zapaton». Lo que estaba claro era que sus palabras hacían llorar a la chica. Le vi enjugarle una lágrima con ternura (entonces estuve segura de que no era un neoyorquino) y colocarle un mechón de su cabello color miel detrás de la oreja. A continuación la joven dijo algo, y él sonrió y la besó en la punta de la nariz. Se percibía un gran afecto entre ambos, y era evidente que les unían vínculos muy especiales.

En ese instante me embargó un sentimiento de soledad insoportable. Cualquiera que fuera la relación que mantenían, estaba llena de amor y ternura; de pronto me deprimió no haber sentido nada semejante en la vida. Ese romanticismo conmovedor me es ajeno, por lo que me resultaba desconcertante. A pesar de ello no llegué al extremo de compadecerme de mí misma. No sé por qué razón empecé a pensar en qué ocurriría si muriera en un accidente aéreo de regreso a Los Ángeles. ¿Quién identificaría mi cadáver? Probablemente la única persona que podría hacerlo sería Peter, mi manicuro, que podría reconocerme por la «pedicura francesa» que últimamente me hace. Triste, ¿no es cierto?

Me alegré de que en ese momento se apagaran las luces, sumiendo la sala en la oscuridad y quitando de mi vista la escena amorosa que acababa de presenciar. Así pues, centré mi atención en el escenario y en el imponente y encantador Jim MaGuire. Debo reconocer que su música me cautivó de inmediato. Me dejé llevar por aquellos suaves acordes que delicadamente penetraban hasta algún recóndito lugar de mi corazón, largo tiempo olvidado, y me maravilló que alguien fuera capaz de hacer brotar tanta magia y belleza de un saxo. Sin duda, esa noche estaba sentimental.

Dejé el vaso vacío en la barra y permanecí con los ojos cerrados, impregnándome de la grandiosidad del momento. No me importaba que alguien me viera en semejante estado de ensimismamiento.

Alguien me vio.

Sin ni siquiera abrir los ojos, supe que el tipo a quien antes había visto con la chica estaba a mi lado, e incluso que sonreía. Me pareció que esa clarividencia tenía algo de sobrenatural, aunque sentí que no tenía de qué atemorizarme estando con él. Se trataba de una presencia que parecía traspasar mis párpados cerrados. ¿Y qué tenía eso de aterrador? Por un momento permanecí tranquila, sin interrumpir ese instante prodigioso ni preocuparme por lo que él pudiera hacer. Pero, un momento, quizá debería haberme asustado. Al fin y al cabo, ¿cómo sabía que alguien se había acercado a mí si tenía los ojos cerrados? ¿Y cómo sabía que era el mismo tipo que acababa de besar a aquella chica en la punta de la nariz? Ni idea. Tal vez fuera ese curioso don o sexto sentido que tengo. A menudo percibo cosas que los demás parecen no advertir. En todo caso, me preguntaba qué clase de tío tenía el valor de hacer llorar a su novia, largarse y luego plantarse ante otra mujer.

Decidí ignorarle y centrarme en la música. De vez en cuando le miraba de soslayo y siempre le sorprendía observándome detenidamente. Pero ¿de qué iba ese tío? De hecho no me extraña que los hombres me miren, pero por lo general suelen ser algo más sutiles. Supuse que debía tratarse de un chiflado; estaba acostumbrada. Suelo atraer a esa clase de tipos. No entiendo qué ocurre conmigo: basta con que entre en un lugar abarrotado de gente, para que, si hay algún chalado, venga directamente hacia mí. No se debe sólo a mi aspecto, aunque ser alta, rubia e incondicional de la ropa ajustada no me ayuda a pasar inadvertida. Les atrae algo más misterioso que eso.

Creo que se trata de una energía o una especie de fuerza oculta que deben de captar en mí. Me consta que no proviene de mi corazón tierno y sensible, pues no lo tengo. Hace mucho que aprendí que sentir compasión por alguien, especialmente si se trata de un hombre, representa el inicio de una agonía. De manera que ni hablar, más valía

que ese tipo se fuera desengañando. No iba a encontrar en mí un corazoncito cálido y acogedor.

Tuve una revelación sobre la naturaleza de este fenómeno una noche mientras veía *Los más buscados de América*. Los sábados por la noche sigo fielmente ese programa con el teléfono a mi lado. Observo atentamente los retratos de los sospechosos, dispuesta a reconocer en ellos a algún antiguo ligue, a fin de delatarlo. Por algún motivo intuyo que tarde o temprano alguno aparecerá ahí. Como decía, aquella noche la policía trataba de localizar a una persona desaparecida con perros adiestrados a los que hicieron oler una camisa de la mujer. A continuación los animales salieron corriendo, enloquecidos por el afán de capturar a la presa, hasta llevar a los agentes al lugar exacto donde yacía la víctima, enterrada en una fosa de escasa profundidad. En ese momento comprendí por qué los chalados se sienten siempre atraídos por mí. Al igual que esos perros de caza, deben de captar alguna clase de rastro particular, y saben exactamente hacia dónde dirigirse.

Nuevamente miré con disimulo al tipo que seguía a mi lado. De hecho daba la impresión de ser bastante inofensivo, pero ¿acaso no lo parecen siempre? Estaba enfrascado en la música, circunstancia que aproveché para darle un repaso.

No tenía mal tipo, teniendo en cuenta cómo está la oferta masculina, aunque no daba la impresión de haber pasado largas horas en el gimnasio para impresionar a las mujeres. Me gustan los hombres de brazos y hombros musculosos, pues eso refleja un interés por su cuerpo, el resultado de su esfuerzo por cuidarlo. Estoy convencida de que con la, de por sí natural, abundancia de masa muscular y la generosa provisión de testosterona de que disponen los hombres, tener un buen tipo, les supone un esfuerzo mucho menor que a las mujeres. Yo me sacrifico por mantener una silueta perfecta y no espero menos de ellos. La obesi-

dad resulta mucho más imperdonable en un hombre que en una mujer.

Pero, ojo, no me malinterpretéis. Aquel tipo no estaba, ni mucho menos, gordo. Sencillamente saltaba a la vista que le importaba un comino convertir su cuerpo en una obra de arte o estar de buen ver, y eso era un defecto grave. Puede que mis antiguos novios acaben saliendo tarde o temprano en *Los más buscados de América*, pero no cabe duda de que estarán guapísimos en la tele.

Debía de medir más de un metro ochenta porque yo llevaba tacones y me pasaba. Bajé la vista para comprobar si llevaba esas botas de tacón achatado que suelen usar los bajitos para parecer más altos. Para nada. El tío llevaba zapatillas de deporte, unas Nike de un blanco inmaculado.

Acto seguido me dediqué a observar su atuendo, puesto que una mujer puede averiguar mucho sobre un hombre por la ropa que lleva. El aspecto desgastado de sus pantalones vaqueros era el preciso para conferirle un toque informal, sin llegar al extremo de dar la impresión de necesitar comprarse unos nuevos. Empezaba a caerme bien.

Tenía el vientre plano, y me fijé en el cinturón que ceñía su esbelta cintura. Parecía de piel de serpiente auténtica, aunque no podría asegurarlo. ¿De qué iba ese tío? ¿De cowboy? En cierto modo eso esperaba yo. Ese estilo de «rebelde con cara de niño malo» siempre me ha cautivado.

Posé la mirada en su camiseta blanca, que no conseguía ocultar unos hombros anchos y un pecho musculoso que, sin duda, eran un rasgo genético, pues estaba claro que no se dedicaba al culturismo. Lucía un perfecto bronceado, y como no tenía pinta de ser de los que toman el sol largas horas, supuse que era la clase de persona que pasa mucho tiempo al aire libre, un motorista, tal vez.

La temperatura en el exterior rondaría los 27 grados, a pesar de lo avanzado de la noche, y el tipo llevaba puesta una cazadora de cuero negro con las mangas subidas. No parecía molestarle el calor, sin embargo el detalle de las

mangas me hizo dudar de sus preferencias sexuales. Ciertamente era una suposición un tanto aventurada, y la mayoría de las mujeres probablemente no hubiera reparado en ello, pero con mi perspicacia y mi amplia experiencia, estaba más que segura. En realidad eso no me preocupaba en exceso. No me interesaba en absoluto tener una relación con ese individuo. Simplemente me intrigaba.

Por último, me centré en su rostro. Por lo general, es lo primero que observo (después de haberme cerciorado de que tienen un cuerpo perfecto, claro), porque las caras me fascinan. El rostro era ancho, de facciones agradables, acordes con el resto del cuerpo. Tenía el cabello negro y sano, con un corte impecable que realzaba su masculinidad. Era sin duda un hombre seguro de sí, porque llevaba el cabello muy corto por delante, lo que dejaba al descubierto unas incipientes entradas y resaltaba su nariz que, aunque algo prominente, armonizaba con el conjunto de sus rasgos, dotándole de un irresistible atractivo viril. Unos mechones largos y traviosos le caían por detrás. Sus cejas, oscuras y espesas, enmarcaban unos cálidos ojos castaños que me sedujeron por completo. Tenía los pómulos altos (¡qué envidia!), y su perfil descendía hacia una boca casi hermosa. En sus mejillas aceitunadas comenzaba a asomar una barba hirsuta, lo que añadía aún más masculinidad a su delicada piel. Me pregunto cómo consiguen los hombres mantener ese estado de barba incipiente. Deben de entretenerse calculando con cuánta antelación han de afeitarse para obtener la longitud precisa alrededor de la medianoche. Como quiera que lo hagan, el tipo que tenía delante se había convertido en un experto.

La música cesó, y volvieron a encenderse los focos, deslumbrando a la mayoría de la asistencia, pues nuestros ojos no habían dispuesto del tiempo necesario para adaptarse al repentino baño de luz. Sabía de sobras que una iluminación intensa y directa constituye el mayor enemigo de las mujeres que han superado la barrera de los veinticinco, y